

del hombre y un terreno fértil para su desarrollo pleno, fuerza es reconocer que durante largos años vivimos ignorando nuestras respectivas realidades, perpetuando la división del Continente en dos Américas, una opulenta y poderosa con su peso e influencia orientados casi invariablemente hacia Europa y sus problemas, y otra -la que ha escogido como denominador común el de la latinidad- que ha vivido no pocas violencias y la realidad de punzantes necesidades, a pesar de la paradójica circunstancia de contar con enormes, potenciales riquezas.

La historia de México y la del Canadá siguieron por sendas diferentes. Si a unos pasos de esta Cancillería nos recuerda una inscripción en mármol que en ese sitio preciso tuvo lugar la última resistencia indígena al conquistar español, no es menos elocuente el complemento de la sentencia, al recordar que ello no constituyó ni victoria ni derrota, sino el nacimiento de la nueva patria que es el México de hoy.

Mientras nuestra cultura resultó de impacto del encuentro de dos civilizaciones, la del Canadá fue desenvolviéndose más bien por amalgamación y por un ensanchamiento propiciado por la extraordinaria amplitud de su espacio geográfico.

Pese, sin embargo, a la diferencia de las